

## 1964. EL RETORNO DE LO REPRIMIDO

*Seducción ética de la devoción a una causa discutida, sumada a la seducción económica de una especulación contra los valores establecidos, no lamentamos con respecto al análisis, esos atractivos demasiado abiertos a rodeos de la compensación. La nueva psicología no sólo le reconoce al psicoanálisis el derecho de ciudadanía; al recortarlo incesantemente en el progreso de disciplinas surgidas de otras partes, demuestra su valor de vía pionera.*

Jacques Lacan, 1946.

El año 1970 –escribe Masotta– revela una suerte de vocación lacaniana <sup>1</sup>.

En 1973 se publica un conjunto de textos bajo el título *El rol del psicólogo* donde, en un extenso trabajo firmado por Beatriz Grego e Irene Kaufmann, podemos leer: “Ahora bien, en el momento actual, por primera vez la APA no lidera el movimiento de introducción de una nueva posición teórica que se impone masivamente: el psicoanálisis francés. Este viene liderado en Buenos Aires por ●. Masotta, un filósofo o por psicólogos, lo que a su vez posibilitó que esa línea teórica se impusiera. Este hecho nos parece ser un fuerte índice de la pérdida de liderazgo por parte de la APA. Entendemos que de no haber mediado esta pérdida, de haber continuado el reinado hegemónico de la APA en la psicología del país, los renunciantes a esta institución hubieran luchado por sus posiciones políticas dentro de la misma APA en lugar de renunciar a ella. Los psicólogos se reúnen ahora alrededor de otro líder, transgresor él mismo. Se definen como “hiperpen-santes”. ¿Pensarán por cuenta propia o reproducirán el psicoanálisis francés con alta fidelidad? De

---

<sup>1</sup> Oscar Masotta: Prólogo a *Las formaciones del inconsciente*, de J. Lacan, Ed. Nueva Visión, 1971, Bs. As.

todos modos, la relación especular psicólogo-psicoanalista está rota. El pacto fue roto por los psicólogos”<sup>2</sup>.

Al calificar de “filósofo” a Masotta, al marcar el peligro de la duplicación del pensamiento francés, y al usar la palabra hiperpensantes, nuestras autoras transmiten el eco que años después se llamaría “experiencia clínica” (último reducto de un saber *inefable* que hay que suponer connatural a la posición del médico). Por otra parte, hay mucha “voluntad” en la creencia de que los psicólogos rompieron el pacto con la APA, cuando lo cierto es que esta asociación nunca se propuso como libre. Para comprender algo de los psicólogos puede recurrirse a Roberto Harari prologando a Spilka cuando éste es “*maître*” (o publicando a Abadi cuando ocupa el mismo lugar en la APA). Harari contesta a Grego y Kaufmann bajo el enfático título de “La autodenigración especular del psicólogo”: se define como psicólogo de título y analista de profesión, mientras expone la certidumbre de que Freud “ofrendó” su discurso a la psicología y a los psicólogos<sup>3</sup>.

En un momento donde todos discuten la “neutralidad” del analista, nadie se detiene para escuchar lo poco neutrales que son los analizantes: la mitad de la APA fue arrasada por la ideología de la clientela, mientras que el conjunto de la misma no aceptó las posiciones de la APA.

El patético testamento surgido del maridaje entre una Psicóloga y uno de los jefes de la APA (M. Berlin y E. Rodrigué) no puede ser más revelador: “En la Federación Argentina de Psiquiatras pasé de figura a figurón. Sí, figurón, cosa triste. Y no es el melancólico el que habla. Es desagradable sentir que usan tu nombre y cara como mascarón

<sup>2</sup> Varios autores: *El rol del psicólogo*, Ed. Nueva Visión, 1973, Buenos Aires.

<sup>3</sup> Roberto Harari, *Téxtura y abordaje del inconsciente*, Ed. Trieb, 1977, Buenos Aires.

de proa. Fui presidente dos turnos (. . .) Vos viste cómo son las asambleas universitarias, con una banda de psiquiatras que hablan desde una versión leninista de Río Rojo, con Montgomery Clift y John Wayne, todos ellos con la fachita de ser los epistemólogos más rápidos del oeste.

¿Me seguís?

–High noon in the Althusser Ranch”<sup>4</sup>.

*¡Pegan a un psicoanalista!* –ironizaba Masotta en su “psicoanálisis” de Rodrigué. Por su parte, Rodrigué se identifica con el *Hombre de las Ratas* y adjudica a su *partenaire* el lugar de Dora, contento con lo que llama su “veta de delincuente juvenil” y lo que supone un desenfado comparable al de Norman Mailer (evocado allí como gemelo).

*El antiyo-yo* devuelve a la verdad su basura, y es uno de los textos más verdaderos que pudo salir de una impostura que duró demasiado. Después de este libro es difícil que la impostura pueda darse una máscara capaz de volverla al verosímil que la sostuvo. Pero Rodrigué no pasa de la crítica a la práctica y su *denuncia* sólo puede sostenerse por aquello que lo implica. Rodrigué delata y se convierte en delatado: su libro juega una confesión que *exhibe* la grandeza del confesante. Confesar su parte le permite delatar la impostura de los otros, y convertirse en aquel que puede suponer la expiación por una moral de espejo donde falta una ética que se articula con el Otro. Rodrigué se ubica más allá del psicoanálisis para poder centrarse en el principio del placer, mediante la unión que excluya la muerte que *Noune*. “Difícil poner en palabras esa intuición del poder que tengo –*escribe la pareja*–, sólo se comprende la estructura lógica de ese poder en la medida que la simbiosis potencia las dos

<sup>4</sup>E. Rodrigué/Marta Berlin: *El antiyo-yo*, Ed. Fundamentos, 1977, Madrid.

mitades de la naranja. Suena místico pero el enamoramiento es una alquimia. Nos envidian el poder”<sup>4</sup>.

El romance del didacta y la psicóloga dice de cómo se acabó el negocio y empezó la confusión, cuando la impostura se encontró con la política y con el psicoanálisis. Se trató de usar a la primera para escapar del segundo, pero el remedio resultó peor que la enfermedad: “Es que yo era un político de ciencia ficción –escribe Rodrigué–, los afiliados al principio me seguían; luego el juego se puso más duro, más profesional. Surgieron las facciones políticas y ya no había más lolas, la tensión de cada asamblea era tremenda. Recuerdo cosas como para llorar a gritos”<sup>4</sup>.

Por el lado del psicoanálisis la cosa es peor, puesto que Rodrigué ironiza: “Se trata de los trucos de los trabajos científicos de la APA. Breve curso de cómo escribir un trabajo sin dolor. Primero tenés que elegir un tema que esté más o menos de moda, algo que le guste a un par de didactas, mejor aun, algo que esté ligado al último simposio de la institución, mejor aun, algo que esté ligado al próximo simposio de la institución”<sup>4</sup>. Sigue la parodia de un trabajo donde se recomienda repartir elogios a Grinberg, Garma y Bleger, mientras se puede citar a Sartre y otros.

Entre una impostura y otra se encuentra esa respuesta de Masotta a Rodrigué, que no aparece en un libro que intenta hablar de *todo*. Sin la entrada del discurso de Lacan en nuestro país, sin aquella mesa redonda con los Mannoni – que Rodrigué también olvida– sería imposible comprender algo de este *antiyo* que se duplica en *yo*, de este juego de espejos que dice menos cuando más quiere hablar.

La *Asociación Psicoanalítica Argentina* supone encontrar en Leclair un lacanismo sin Lacan, sumando en esta estrategia el apoyo táctico de algunas críticas como las de los

Anzieu (Revista de la APA, 1972). Los trabajos soportan un *desplazamiento* bibliográfico en torno a los textos ausentes de Lacan, mientras el estilo mimetiza algunos giros y evoca algunos términos que *consignan* la amplitud de los autores y la “actualización” de su información.

La revista publicada por la *Asociación de Psicólogos* utiliza la misma técnica: un trabajo lacaniano –incluso algo que parezca simple, del mismo Lacan– sirve de “gancho” a cada entrega que se completa con roles, terapias de parejas, afectos a lo Green y maduraciones varias.

Para comprender esta *peste* hay que retroceder hasta 1964, fecha en que Oscar Masotta lee en el *Instituto Pichón Rivière de Psiquiatría Social* su comunicación sobre *Lacan y el inconsciente en los fundamentos de la filosofía*.

*Conciencia y estructura* (1968) es un libro de Oscar Masotta donde se reúnen una serie de trabajos referidos a diversos campos (filosofía, crítica literaria, estética y comunicación de masas) y en el que puede leerse su pasaje al discurso del psicoanálisis.

*Merleau-Ponty y el relacionismo italiano* (un ensayo de 1958) deriva hacia *La fenomenología de Sartre y un trabajo de Daniel Lagache* (fechado en 1959), donde Masotta concluye: “Y aquí la fenomenología se acerca a través de un camino insospechado al lenguaje del freudismo”. En verdad, se trata de un intento de relacionar ambos discursos. Después de la conclusión el texto se demora en varias notas y en una muy extensa Masotta se refiere al trabajo de Hippolyte sobre *La negación* de Freud, anticipando lo que sería su práctica de los años siguientes al comentar la ruptura de Lacan con la Internacional: “Sobre todo –escribe–, lo que denuncian los lacanianos es cierto positivismo, y la pasividad del psicoanálisis francés ante la penetración del culturalismo norteamericano. ¿Qué es lo que contraponen? Ante todo, una vuelta a Freud. . .”

Masotta insiste en la relación de Lacan con Hegel, Heidegger y Husserl, pero anota lo fundamental cuando transmite: “Lacan entiende que para interpretar los símbolos es preciso privilegiar el lado material de la palabra y llama la atención sobre la importancia que en Freud tenía la oreja. . .”.

Si en 1959 Masotta interroga al psicoanálisis desde la fenomenología, en 1964 subvierte esta posición: *Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía*.

El acto psicoanalítico es situado en el fundamento del discurso de Lacan, cuyo estilo (después de una descripción) es supuesto por Masotta como consecuencia de la posición del sujeto que escribe psicoanálisis: “Este estilo difícil –escribe–, en cambio, no es hermético. La noción de significante constituye el pivote instrumental del aparato teórico lacaniano y, también, la noción de barra, desprendida del Curso de Saussure, para señalar la imposibilidad del pasaje directo (puntual o vertical) del significante al significado”.

Masotta prosigue la lectura de Freud y Lacan transmitiendo sus resultados mediante la enseñanza y las publicaciones de trabajos propios y de otros autores, originando el retorno de Freud (lo que alguna vez llamó aire de *revival* freudiano) mediante la estrategia de pequeños grupos de estudios que funcionaban en los intersticios extraterritoriales (fuera de la APA y de la Universidad).

Esta práctica es problemática en relación a los lazos por los que Masotta se une al conjunto de intelectuales que desde *Contorno* producen ciertas transformaciones irreversibles en el campo de nuestra cultura (León Rozitchner, David Viñas, J. J. Sebreli, etcétera).

*Anotaciones para un psicoanálisis de Sebreli* (un trabajo de 1967) muestra las divergencias que se operan: Masotta se propone desde la posición (entonces llamada “estructuralista”) de Eliseo Verón responder *contra* Sebreli: “Y para nuestro caso preciso habría que decir entonces (y no para

cobijarnos bajo el gesto de la frase sartreana) que tanto Sebreli como Verón, como yo mismo, que los tres somos ilegítimos”. Habría que tomar la palabra “psicoanálisis” del título para entender las formas en que esta ilegitimidad se legitima por un *trabajo intelectual*.

Cuatro años después (en 1971) no se trata del psicoanálisis de un *semejante* sino de las *Anotaciones para un psicoanálisis de E. Rodríguez*, que en aquel momento era uno de los garantes de la APA. Y en ese mismo año la respuesta a un trabajo de Eliseo Verón explicita una diferencia con el “estructuralismo”, y una afirmación de la “lingüística” del psicoanálisis frente a la semiótica surgida de los modelos de la lingüística. El título de la respuesta a Eliseo Verón semeja una banda de moebius. (*Reflexiones transemióticas sobre un bosquejo de proyecto de una semiótica translingüística*) que anticipa *la lengua* propuesta por Lacan como divergencia con la idea de “código” o “lengua” de los modelos lingüísticos.

Si el amistoso *entredicho* con Eliseo Verón expone una diferencia sobre la relación de dos discursos (la semiología, el psicoanálisis) el texto sobre Rodríguez habla de ciertas diferencias irreductibles en el interior del discurso que se enuncia como psicoanálisis.

*Leer a Freud* (1969) es el artículo de Masotta que induce una respuesta de Rodríguez, a la que Masotta responde con sus anotaciones para un psicoanálisis de Rodríguez, un texto irreductible, donde la construcción del discurso es homologable al acto que lo constituye. Un texto que introduce en lo escrito *del* psicoanálisis en nuestra lengua un corte con cualquier forma de transmisión instituida, dejando hablar un agente discursivo que en nada puede relacionarse con ese supuesto como saber en el discurso universitario. “No atacábamos a Rodríguez, lo dejábamos hablar. Porque es cierto: Rodríguez tampoco me ataca, me cuida, y seguramente que yo podría haber contestado con un saludo no desprovisto de

afecto a esas líneas que envió a la revista de la Asociación de Psicólogos.

“Si bien, también es cierto, habría así obstruido, enmascarado su deseo.

“Preferí no hacerlo. Los caminos a veces se cortan, pero no carezco de empresa”.

Pasaje de la filosofía al psicoanálisis y un camino que se *corta* para dar paso a una empresa. Si bien a partir de 1959 Masotta comienza su deriva al campo del psicoanálisis, los libros que publica muestran que continúa su reflexión en el campo de la lingüística, el arte contemporáneo y los problemas de la literatura. La heterogeneidad conduce siempre a un punto: el problema del significante, del que Masotta parte y al que vuelve en sucesivas reflexiones. “Como en el surrealismo, el dadaísmo y las expresiones más nuevas del arte contemporáneo, la subversión freudiana ha tocado fondo en el espacio de la representación. Un significante no representa nada. Al revés, el significante (según fórmula de Lacan) representa al sujeto para otro significante. Representa el sitio topológico del sujeto como intersticio, ese sujeto de la teoría psicoanalítica que Freud descubrió enredado en las redes de la significación.

“En adelante habrá que pensar en términos de superficies, de retorcimientos de superficies y de bordes, en la representación en el plano de figuras espaciales imposibles y en el espacio de figuras planas improbables” (O. Masotta: revista *Los Libros*, agosto de 1970).

Ese mismo año, en el prólogo a *Las formaciones del inconsciente*, Masotta enumera algunos pasos dados en la transmisión de los textos de Freud y de Lacan, a la vez que propone una cierta perspectiva para continuar la lectura. Hace

una referencia crítica a su artículo sobre Sartre y Lagache de 1958, y detecta en algunos autores locales lo que comienza a ser el hábito de *aludir* a los textos de Lacan, *eludiendo* las consecuencias de sus demostraciones.

En 1971 se publica el primer número de *Cuadernos Sigmund Freud* (Dirección: O. Masotta, J. Jinkis, M. Levin) dedicados a los temas de Jacques Lacan: 1) *Presentación del segundo “congreso” lacaniano* (O. Masotta); 2) *La metáfora según Jacques Lacan* (O. Steimberg); 3) *Una distinción tópica: el sujeto de la enunciación y el yo del discurso* (J. Jinkis); 4) *El destino del significante en el Complejo de Edipo* (M. Levin); 5) *Observaciones sobre la noción de resistencia* (A. López Guerrero); 6) *Anotaciones para un psicoanálisis de E. Rodríguez* (O. Masotta); 7) *Reflexiones transemióticas sobre un bosquejo de proyecto de semiótica translingüística* (O. Masotta).

La Presentación de Masotta expone la relación entre el tiempo cronológico y el orden de razones que aparecen en el *Esquema* de Freud, insistiendo en la práctica de la lectura como *nodal* para el discurso que se intenta transmitir.

Los “congresos” lacanianos a los que Masotta se refiere hablan de una cierta *parodia* de los encuentros entre Freud y Fliess: esta referencia supone que sin la transferencia de trabajo no existe alianza posible con el descubrimiento del psicoanálisis: “El nombre de «congreso» –escribe Masotta– para identificamos con Freud en tiempos en que el psicoanálisis no era institucional. Por lo mismo: y lo dijimos en nuestro primer congreso. Esta designación no carece para nosotros de humor”.

Si *todo* estaba en Fliess el texto enseña –habría que decir, inicia– aquel *no eres todo* que suele mentarse por castración, y que el ideal de las instituciones promete borrar diciendo que por la observancia de los ritos volverás a *ser todo*. Masotta comprende, entonces, que la insistencia de esa lectura y la parodia de ese congreso debe interrogar lo inefable

de la “clínica”: “La experiencia clínica –escribe– fundamenta todo derecho a hablar de psicoanálisis. Pero al revés: ningún llamado a lo serio de la clínica podría ocultar la ignorancia de las dificultades de la teoría”.

La herencia de esta división (teoría/clínica) conducirá a interrogarse sobre la posición del analista y sobre las formaciones del inconsciente como soportes de esa posición (las mismas suelen ocultarse en nombre de la “formación” del analista, garantizada por la trinidad del didáctico, la enseñanza y la supervisión).

En 1972 Masotta invita a Buenos Aires a Maud y Octave Mannoni y el producto de aquellos diálogos se incluye en el número 2/3 de *Cuadernos Sigmund Freud*, junto a varios trabajos de los invitados, uno de O. Masotta y otro de Gregorio Kohon. Lo realizado por Masotta se consolida en grupos de investigación, producción de textos y traducciones diversas. Ese mismo año se produce una de las mayores divisiones de la APA, y el discurso lacaniano se trama en los intersticios de la multiplicación de las publicaciones y del tono cada vez más alto de las discusiones ideológicas. Los equívocos y las equivocaciones, las imposibilidades y el sentido común, las impotencias y declamaciones, hacen vacilar la alianza que se estaba instituyendo. (Un profesor decía entonces: los lacanianos son macanianos, sin pensar por qué le ocurría la sustitución de esa inicial). Algunos universitarios gustaban relacionar el *objeto a* con el apellido de su mentor y decían *lacana*, mientras otros alertaban contra el “platonismo” del falo, el idealismo de los “significantes”, el “colonialismo” de alguno y el “cientificismo” de todos.

Vía Althusser se intentaba apresurar el compromiso –habría que decir, el casamiento– de lo que empezaba a descifrarse con el nudo indescifrable de la coyuntura. En la danza ideológica cualquier cálculo político era sospechoso, de manera que sólo el sacrificio podía delectarse como ga-

rantía de verdad, y sólo el riesgo blasonarse como Bien Supremo. La práctica del psicoanálisis de pronto se volvió irrisoria, y su discurso apareció como la vía palabrera que eludía la evidencia concreta de la historia.

El fantasma de la cobardía no era ajeno a los que el psicoanálisis conducía fuera del riesgo, y Lacan nos enseña que “el deseo, lo que se llama el deseo, hace que la vida no tenga sentido cuando produce un cobarde”.

Cuando Maud Mannoni dijo que el psicoanálisis podía disolver por igual cualquier ideología, la sospecha se convirtió en certidumbre. El amor por el inconsciente parecía conducir del excentramiento a la excentricidad, de las grandes reflexiones a las pequeñas tilinguerías. Incluso, ese sufrimiento no era siquiera digno de figurar entre las operaciones terroríficas de la partera de la historia.

Sin embargo, esa incertidumbre era lo único verdadero en la certeza masiva que arrasaba los signos de preguntas y conducía a las afirmaciones más enfáticas y perentorias.

A mediados de 1973 el *Instituto Goethe*, y la *Asociación Científica Argentino-Alemana* invitan a *Cuadernos Sigmund Freud* a participar en la celebración de la figura de Freud: los trabajos producidos por el grupo de Masotta y otros invitados son expuestos en el Aula Magna de la Facultad de Medicina de Buenos Aires entre el 28 de setiembre y el 13 de octubre de 1973, y publicados dos años después en el número 4 de los *Cuadernos*.

La presentación de Masotta muestra que la diversión se convertía en divergencia, y que la parodia no es ajena a la tragedia: “Pero si se quiere ganar tiempo cuando es una teoría un tanto peculiar y no la sangre lo que está en juego –dirá Masotta–, será preciso no tanto sobrecargar la reflexión con cerebraciones complicadas, cuanto devolver la teoría a sus develamientos sorprendentes. Ahora bien: el descubrimiento de Freud podría ser sintetizado así: *cuando cae el último velo*

*solo hay ahí un objeto indecible*". Esto mismo aparecía entonces como irreversible en tanto dejaba caer la ilusión de un Bien, y disolvía la posibilidad –para algunos, no para todos– de *unirse* mediante las servidumbres del Ideal.

Si en 1910 Germán Greve expone por primera vez en nuestro país la doctrina de Freud, en 1936 Emilio Pizarro Crespo es el primero en citar en forma reiterada a Jacques Lacan (que había sido mencionado tres años antes por una reseña publicada en castellano, pero traducida del francés) en un trabajo sobre *Las neurosis obsesivas y las fobias* publicado en el número 2 de *Psicoterapia* (revista editada en Córdoba y dirigida por G. Bermann): "Ya he señalado la enorme extensión dada por Lacan –escribe Pizarro Crespo–, uno de los inteligentes neuropsiquiatras jóvenes de Francia, en su libro *La Paranoia dans ses relation avec la Personnalité*, a la influencia del Super-Yo freudiano en la génesis de la psicosis". Siguen varias referencias y algunas citas de Lacan sobre la identificación en la génesis de la constitución del sujeto, así como algunas referencias a Freud sobre el superyó como heredero del Edipo.

Para explicitar cinco "casos clínicos" Pizarro Crespo se vale de la "maestra ponderación" que le permite a Lacan, en lo que califica como "pensamiento vigoroso", explicitar y delimitar los datos que la psiquiatría alemana aportaba sobre la génesis del yo en su relación con el sujeto y con el Otro.

La presentación de los casos, excepcional para ese momento, tienen una falla que luego se generaliza: *ilustran postulados*. Pero además, Lacan es enlazado por un desplazamiento con Anna Freud. El Superyó termina definido como "instancia represora social" y el psicoanálisis como "la doble ta-

rea analítica de clasificación y educación o de fortificador de las instancias sociales represoras".

Otro artículo de Pizarro Crespo en el mismo número 2 de *Psicoterapia* se refiere a *El movimiento Psicoterápico y psiquiátrico en la Europa actual* y pone en escena el obstáculo ideológico que el aparato sanitario progresista produce en relación con aquellos discursos que no fueron engendrados por los supuestos revolucionarios.

Pizarro Crespo habla de un viaje a Rusia, de su admiración por la organización sanitaria de una *medicina social*, y describe el malestar que le produce "un celo ideológico o acaso un automatismo crítico que llevaba a una distinguida colega a pretender zanjar cierta discusión con la siguiente frase: Aquí no hay formas de enfermedad como entre vosotros, aquí todos quieren ser hombres de acción, hombres de choque y chocar a su enfermedad".

La colega soviética expresa, a su vez, "una concepción endotóxica y fisicoquímica de la esquizofrenia".

Un artículo de la misma revista que se titula *Psicoterapia nacional socialista*, se queja en un espejo invertido donde nadie se reconoce: "El Dr. Goering afirma su intención de trabajar no sólo por el tratamiento individual de los pacientes, sino también por el fomento de la salud de todo el pueblo, inclusive para una selección positiva tanto como negativa de sus componentes –y ya se sabe lo que esto significa–: considera a los psicoterapeutas como los médicos del alma del pueblo alemán, *sus padres espirituales*, naturalmente dentro de una concepción nazi del mundo y de la vida" (Firma: La dirección).

Los autores dicen que hay Bien (la maternal colega soviética) y Mal (el paternal colega nazi). Esta elección ética coloca a los terapeutas en el lugar de aquellos que *deben hacer tomar conciencia*, en el lugar de educadores de sus pacientes.

Pero además, como las querellas siguientes y reiteradas lo muestran, el médico educa *para* alguien y *para* algo: por eso debe conocer la Buena Causa. En tanto médico *del* pueblo se incluye, en tanto médico *para* el pueblo se excluye, para ocupar ese lugar que le permite ser un arquitecto de las almas que sufren. Invertir el sufrimiento del otro en una causa es otorgarle el placer de cierta alienación en un ideal cualquiera: ahí se instaura la cadena de culpabilidades y autocríticas (qué mejor que el ideal para criticarse a sí mismo) que atraviesa la vida de los *maîtres* de la salud mental. *Este deslizamiento hacia la educación oculta en los ideales una manipulación que retorna de lo reprimido bajo la forma de ciertas teorías sobre la función de la práctica: el médico comanda la esperanza de su paciente, en lugar de otorgarle la posibilidad de que espere aquello que el deseo le asigna.*

Recordar que Pizarro Crespo encuentra y pierde el discurso de Lacan en 1936, repitiendo lo que le ocurrió a Greve con Freud (ya que en 1943 publica un libro caótico sobre la voluntad, excluyéndose del psicoanálisis) que él mismo había introducido en 1910, pone en su lugar el mito de la fundación de la APA en 1943. La exclusión de Freud estuvo en la base de la institucionalización del psicoanálisis.

Aun los que *reniegan* de dicha institución, la siguen sosteniendo desde el exilio: “Aunque el título de esta conferencia aluda al movimiento psicoanalítico en general –dice Marie Langer en México, 1975–, me referiré en primer término a la APA (Asociación Psicoanalítica Argentina) como ejemplo del psicoanálisis institucionalizado (. . .) Además, señalo en primer término a la APA porque así corresponde históricamente, ya que fue de ella el mérito de haber difundido el psicoanálisis en Argentina y en América Latina”<sup>5</sup>.

La renegación se encuentra en ese juego doble donde se critica la “institucionalización” del psicoanálisis y después se afirma que difundir instituciones que lo excluyen (se lo reconoce) es un mérito: “En un trabajo presentado en el Congreso Internacional de Viena, me refiero a un aislamiento parecido de la sociedad psicoanalítica vienesa. Y APA, sociedad *madre* de casi todas las organizaciones psicoanalíticas latinoamericanas –afirma Marie Langer–, APA, la más numerosa de habla española, la asociación a la cual pertencí durante 29 largos años, tampoco es distinta. Su historia oficial está registrada en El Libro de los Chismes, así lo llamaban en Buenos Aires. Describe nuestro origen, Buenos Aires, APA, 1943. Eramos un grupo selecto de gente culta e inquieta de la clase media acomodada: *fuimos los fundadores*. Nos sacrificamos, trabajamos y estudiamos duramente para difundir y enseñar el psicoanálisis. *Eramos progresistas. Ofrecíamos sabiduría, salud física y mental a Buenos Aires y a las Américas. Entiéndanme bien, hablo con ironía, pero no reniego de esa época* (. . .) Nosotros nos proponíamos salvar al mundo a través del psicoanálisis. Y no sabíamos, algunos lo ocultaron conscientemente, otros lo tenían reprimido, que como miembros de la clase dominante salvábamos únicamente a nuestros analizandos que pertenecían a la misma clase y participaban como nosotros de la explotación”<sup>5</sup>.

La idea de *salvar* sigue en pie, sólo que hay que salvar a otros sin perder lo que –de nuevo la renegación– vuelve a evocarse en la ironía: “. . . nosotros, los epígonos, los psicoanalistas institucionalizados desde hace años, atraemos a la juventud por ser modelos de Salud Mental y de Status. Nos consideran envidiables. Armando Bauleo nos describe como fuente de identificación, ya que damos permanentemente

<sup>5</sup> M. Langer, *Vicisitudes del movimiento psicoanalítico argentino* (En: *Razón, locura y sociedad*, Varios autores, Ed. Siglo XXI, 1978, México).

la imagen de la libertad. Somos libres en horarios y honorarios, en la producción intelectual y hasta en los instintos; para nosotros no existe ningún tipo de represión, nuestros comportamientos a lo sumo son sólo ajustados a la realidad (. . .) En las instituciones analíticas no se rivaliza ni se compete (. . .) El mundo ideal se va instalando provocando la envidia, el anhelo, el proyecto y hasta la ambición desesperada de quienes no pueden desarrollarse en la sociedad”<sup>5</sup>. Marie Langer le adjudica esta descripción a Bauleo, pero escamotea que fueron los jóvenes los que fascinaron a los psicoanalistas con sus “proyectos”, con sus prácticas y con su “calle”.

Lo que no puede entender es que no fue sólo psicoanálisis lo que la APA distribuyó, sino que también creó instituciones que le permitieron a los médicos controlar su práctica.

Cuando Marie Langer describe las diferentes líneas del psicoanálisis en la APA habla de la *mala conciencia* que sostiene el filicidio de Rascovsky. También de su propio y supuestamente antiguo kleinismo, ya que sigue afirmando que M. Klein “devuelve a la mujer la identidad que Freud le había quitado”<sup>5</sup>.

Dirá también que Pichón Riviére se fue alejando de la APA porque “sí sabía de la lucha de clase”. Aunque su propio kleinismo era una transacción, supone que tenía un mérito: “Pero la línea de mi trabajo atacaba, por lo menos sin que me diera demasiada cuenta en ese entonces, el concepto más ideologizado de Freud: su idea de una familia patriarcal, ahistórica e inamovible”<sup>5</sup>.

Esto conduce a que “un grupo numeroso, estimulado primero por Rodrigué, Resnik y Usandivaras, encontrara, a través de la psicoterapia de grupo de *corte* analítico, otro intento de apertura hacia lo social. Era una transacción. Pusimos el análisis a disposición de todos. Pero solamente ahora

compruebo, en el trabajo hospitalario diario, que lo que hacíamos de esa manera no sirve para *todos* sino sólo en ese momento y en esa sociedad”<sup>5</sup>.

Marie Langer dice, respondiendo a una pregunta, que es importante pensar la *realidad*. Sería bueno comenzar –como Freud le propuso a Dora– por reconocer el lugar que se ocupa en el desorden del que uno se queja, descubrir cómo se vive en el caos que se denuncia.

Lo reversible de la moda y lo irreversible de la muerte, el narcisismo y la castración, organizan estas vicisitudes de la historia.

“Se lo ve –dirá Masotta–: hay aquí una convergencia de azares cuya necesidad pareciera medirse en términos de tiempo y de sangre. Pero esta aparente paradoja que surge de una errada confrontación de ambos no está hecha –debiéramos tranquilizar nuestros espíritus excitados– para quienes marchamos hacia la práctica y la teoría del psicoanálisis, puesto que hemos probado que de ella venimos.

¿La bolsa o la vida? No es difícil darse cuenta en efecto, que si uno elige según su bolsillo, se quedará –de acuerdo con una sorprendente lógica que no es sino la del inconsciente– sin la bolsa y sin la vida. Por otra parte, y que yo sepa, Freud jamás tomó principio por ese lado de regulador homeostático de lo que llamó principio del placer. Tampoco deberíamos hacerlo nosotros, puesto que si se elige la vida el termómetro cae a cero. Tal coyuntura es un nido de víboras”. Es sabido, con ese nido se puede hacer una cabeza de medusa y multiplicar las víboras por las veces que fue negada la castración: “Bajo la sombra de la anécdota histórica como fantasma inmundo correrá por suerte el agua de las fundaciones legítimas. El descubrimiento de Freud es la fuente de los borbotones de agua cristalina de la que fue quitada la piedra blanca –prosigue Masotta–; pero el inconsciente no podía ser un emergente tranquilizador y la trama de

la historia ha otorgado a la metáfora de la fuente un irrevocable aire de serio del que nadie se mofa. Solamente que ni los mismos seguidores de Freud le perdonan eso que en definitiva Freud venía a decirnos: que lo serio del hombre consiste en que el hombre está estructurado como un chiste. ¿Con qué ontología fundar ese modelo del placer efímero donde el sujeto sólo se satisface con palabras y donde sin embargo está en juego todo el orden del ser, digo: el goce y la muerte, el sexo y la generación, la procreación y la ascendencia?”.

El 28 de junio de 1974 Oscar Masotta firma el acta de fundación de la *Escuela Freudiana de Buenos Aires*. Los diez y ocho firmantes que lo acompañamos debemos ese acto a su enseñanza.